juaristas, les salió al encuentro con 1.000 infantes de Tequepespan y algunos escuadrones de caballería, entre ellos el victorioso Atonalisco, les atacó con desesperacion, se confundió entre las huestes enemigas, é introdujo en ellas mayor desórden y confusion. Crece con esto el entusiasmo de los imperiales, y cada cual, imitando el arrojo de sus jefes, hace ostentacion de su valor y denuedo; el comandante Nuñez logra arrancar de las manos las pistolas á dos oficiales juaristas, y les atraviesa luego con su espada; un jefe de las guerrillas separa de un tajo la cabeza del tronco á un capitan de los imperiales; los soldados luchan asímismo desesperadamente por una y otra parte, y el campo queda en breve convertido en un inmenso lago de sangre.

Agotadas las fuerzas juaristas, y aumentándose por el contrario las de los imperiales con los nuevos refuerzos que llegaban continuamente al lugar del combate, las guerrillas se vieron obligadas á escapar de entre las manos de sus adversarios y á huir con toda precipitacion por las inmediatas sierras para evitar un nuevo alcance de la caballería, dejando en aquella accion memorable y desastrosa hasta unos 100 muertos y doble número de heridos, con todas las demás pérdidas consiguientes á un combate tan prolongado y sangriento.

Coincidiendo con esta desgracia la noticia recibida en Monterey de que el general Negrete no habia podido apoderarse de Matamoros, se abatió grandemente el espíritu entusiasta de los juaristas en la primera de estas poblaciones. La llegada del general Negrete pocos dias despues á Monterey, inquietó más y más el ánimo de aquellos habitantes, que á la vez que temian un nuevo y próximo ataque de los imperiales, lamentaban la falta de recursos en que se encontraban para atender al pago de las nuevas contribuciones que temian les impusiera Negrete para atender al sostenimiento de sus tropas, y para preparar una nueva espedicion y un nuevo ataque á la ciudad de Matamoros, si es que antes no se presentaban con iguales intenciones en Monterey las aguerridas huestes del general Mejía.

IX.

No fueron en verdad infundados los temores de los partidarios de Juarez, respecto á los nuevos reveses que pudieran seguirse á la derrota de Negrete en Matamoros; porque cuando las tropas francesas quedaron en esta plaza libres de un nuevo é inmediato ataque del enemigo, se propusieron apoderarse de Saltillo.

Sabedor de este pensamiento el general Negrete, se dirijió á defender la amenazada plaza, concentrando al efecto en ella todas las fuerzas de que disponia. El 6 de Junio, el general juarista se encontraba atrincherado fuertemente en el desfiladero de la Angostura, en donde se preparaba á resistir el ataque de las fuerzas imperiales. El escesivo número de que estas se componian, hizo perder al general Negrete toda esperanza de poder resistir por un solo momento el empuje de los franco-mejicanos, y vióse obligado á alejarse de aquel punto sin esperar á medir sus armas con las del enemigo, en la noche del 6 al 7 del citado mes. En la noche del 7 el coronel Jeanningros lanzó una columna ligera en persecucion de Negrete, que con la mayor parte de sus fuerzas habia tomado la direccion de Monclova. A unas tres leguas del Saltillo, esta columna alcanzó á un destacamento de 30 jinetes de Sancho Aguirre y le hizo prisionero.

Al dia siguiente las fuerzas francesas cayeron sobre la retaguardia de los juaristas compuesta de 250 caballos del coronel Espinosa, en el rancho de Yerba-buena, á ocho leguas del Saltillo. Cargada la retaguardia por un escuadron de la contra-guerrilla, fué puesta en fuga despues de una larga y sangrienta lucha, perdiendo unos 50 hombres y dejando en poder de los franceses 50 caballos, varias armas y un pequeño convoy, segun el parte del coronel jefe de Estado mayor general A. D. Osmont, fechado en Méjico el 16 de Junio.

Despues de esta segunda derrota del general juarista, diéronse las órdenes oportunas para que salieran en su persecucion las fuerzas del general Brincourt, que se encontraban entre Patos y Parras, con el fin de internar á Negrete en las desiertas regiones de Bolson de Mapimi, en donde la falta casi completa de recursos, haria dispersar en muy corto tiempo las fuerzas de Juarez. Afortunadamente pudieron estas refugiarse en Monterey, á cuya plaza no consideraron prudente acercarse los franco-mejicanos, pudiendo con esto preparar los juaristas, con mayor descanso y comodidad, nuevas espediciones contra las plazas recientemente perdidas del Saltillo y Matamoros.

Los demás generales del ex-presidente de la República, sufrian entre tanto derrotas de gran consideracion en Michoacan, Sinaloa y otros puntos del territorio mejicano. El Estado de Oajaca habia quedado completamente pacificado desde los últimos encuentros que á mediados de Junio tuvieron allí las fuerzas de uno y otro partido. La numerosa partida del célebre Pueblita habia sido destrozada por varias columnas francesas, quedando con esto libre, aunque momentáneamente, el Michoacan, de las valientes guerrillas de aquel caudillo. Uniéndose despues los restos de esta partida á las de Ortega y Regules, acometieron con tal ímpetu á las fuerzas imperiales que en breve tiempo les obligaron á abandonar precipitadamente los caseríos de Venapan y otros varios en donde se habian fortificado, ocasionándoles gran número de bajas y apoderándose de muchas armas y municiones. El coronel de zuavos francés Chichan y el coronel belga Van-der-Snissen fueron despues en auxilio de sus compañeros de armas, y reuniéndose las fuerzas de los unos y los otros cuerpos, acometieron á las partidas victoriosas de Ortega, Pueblita y Regules, obligándoles á desalojar las posiciones que á costa de un heróico esfuerzo habian logrado ocupar.

En el Estado de Sinaloa era al mismo tiempo batida y dispersa la partida de Pesquera. El coronel Garnier, al frente de unos 2.000 hombres y 500 caballos, salió en persecucion del astuto guerrillero, dándole alcance en las cercanías de Guayonas.

A pesar de las fatigas y cansancio de las tropas de Pesquera, que con brevísimos intervalos habian librado tres sérios combates contra el enemigo, los defensores de Juarez se prepararon á resistir el empuje de los valientes zuavos. Despues de un sangriento y encarnizado combate en que las unas y las otras fuerzas rivalizaron en valor y arrojo, quedó el campo por las huestes imperialistas, viéndose obligadas las tropas de Pesquera á huir precipitadamente hácia el Norte en busca de la columna del general Negrete.

Las trincheras de Palizada y Zonuta quedaron igualmente en poder de los soldados de Maximiliano, tomando parte en la refriega unos 300 mejicanos, 200 austriacos y 80 marineros del *Brandon*.

CAPÍTULO VI.

Lucha sangrienta entre las fuerzas del general Negrete y las del coronel Van-der-Knissen en la Loma de Tacamburo.—Victorias de los juaristas en Huejutla.—Imponente actitud de los mejicanos en el Estado de Puebla.—Dura leccion dada á los habitantes de esta comarca por el general Thum.—Victorias de los juaristas en Ystlahuaca y Zacualtipan.—Idem de los imperiales en Teran, Montemorelos y Marin.—Tentativas del gobierno de Maximiliano para conseguir de los Estados-Unidos el reconocimiento del nuevo Imperio de Méjico.—Sus resultados.

I.

Las victorias alcanzadas por los imperiales en los departamentos de Tecalitlan, Jalisco, Oajaca, Michoacan y otros varios Estados de la parte septentrional del Imperio mejicano, y sobre todo, la ocupacion de Monterey y el Saltillo por las fuerzas franco-mejicanas, hicieron angustiosa y en estremo difícil la situacion de los juaristas, y por el contrario favorecieron considerablemente la monarquía de Maximiliano. A pesar de esto, el ex-presidente Benito Juarez, firme siempre en su propósito de no abandonar nunca la santa causa de la patria y de la independencia, dió las disposiciones más oportunas para que las pocas fuerzas que aun permanecian fieles á su bandera, continuasen en su sistema de guerrillas contra los imperiales, designando al efecto algunos puntos á que unas y otras debieran dirijirse.

Obedeciendo las órdenes del ex-presidente, el general Arteaga, perseguido vivamente en la parte del Sur por el coronel Chinchon, logró aproximarse á la hacienda de

San Antonio en el camino de Huetamo. Otro general ménos osado y entusiasta que Arteaga hubiera, ya que no abandonado por completo su empresa, consagrado al ménos algunos dias al descanso de que tanta falta tenian las fuerzas á cuyo frente se encontraba. Pero muy lejos de esto, el bravo general se dedicó con mayor afan y sin perder un instante, á recuperar las fuerzas que habia perdido en el último encuentro con el coronel Chinchon para emprender nuevas conquistas y librar nuevos combates.

Apenas se hubo organizado su fuerte columna, se dirijió hácia Tacamburo (16 de Julio); cuya ciudad estaba defendida por una escasa guarnicion del ejército imperial. Noticioso de este movimiento el coronel Van-der-Knissen avanzó con una columna ligera, compuesta de unos 1.000 belgas y mejicanos, por Santa Clara, con el fin de unirse á las demás fuerzas francesas, que se encontraban en el lugar citado, y batir al general Arteaga. Al llegar este á las puertas de Tacamburo encontró á la guarnicion de esta ciudad dispuesta convenientemente para resistir el empuje de las columnas juaristas. Un nutrido y certero fuego de artillería y fusilería recibió á los soldados de Arteaga, los cuales sin temor á la muerte casi segura que les esperaba en los muros de aquella plaza, se arrojaron sin disparar apenas un solo tiro á las puertas de la ciudad, arrollando al enemigo y haciéndole abandonar lleno de espanto todas sus posiciones.

No bien el general Arteaga habia alcanzado esta gloriosa victoria, cuando se le dió aviso de que las fuerzas del coronel Van-der-Knissen, de que anteriormente hablamos, se dirijian hácia Tacamburo, habiéndoseles incorporado las tropas belgas que habian logrado escapar del último combate, y varias otras columnas que se encontraban en las inmediaciones de la ciudad citada.

Convencido el general Arteaga de que las fuerzas enemigas eran en número muy superiores á sus guerrillas, y de que les sería de todo punto imposible defenderse con alguna ventaja dentro de la ciudad, determinó situarse á corta distancia de esta, en una posicion que por lo ménos no ofrecia el peligro de ser copado por los franco-mejicanos.

Al llegar á Tacamburo el coronel Van-der, las guerrillas de Arteaga se hallaban en efecto formadas en batalla, en la posicion de Loma, á una legua próximamente de la ciudad. El acceso más fácil que esta posicion presentaba, era un estrecho sendero, en el cual el jefe juarista colocó gran parte de su artillería. El resto de sus fuerzas fueron igualmente colocadas en los lugares más convenientes, y todos esperaban con valor y serenidad el momento en que se acercasen las tropas del enemigo.

No se hicieron esperar mucho tiempo las columnas de Van-der. Dirijiéndose por el paso en que Arteaga habia colocado cuidadosamente su artillería, los juaristas dejaron al enemigo aproximarse á tiro de fusil al estrecho sendero, en donde no creian que pudiese funcionar la artillería de los liberales. Varios disparos de metralla que á un mismo tiempo salieron del oculto baluarte, cubrieron materialmente el campo de cadáveres belgas y franceses, huyendo despavoridas todas las fuerzas de Van-der. Los juaristas, que por su escaso número no podian acometer en campo abierto al enemigo, creyeron prudente no abandonar su posicion á pesar del desórden introducido en las filas enemigas, y esperaron firmes en la Loma nuevas acometidas de los imperiales.

No tardaron en efecto en presentarse las derrotadas fuerzas del coronel Van-der-Knissen. Luego que estas se repusieron un tanto de la anterior sorpresa, el valiente coronel empezó á arengarlas con esa elocuencia viva y entusiasta que inspira el valor guerrero, y bien pronto se convenció que sus columnas estaban dispuestas para dar un nuevo ataque á la Loma.

Procurando evitar la acometida por el estrecho sendero que tanta sangre hizo derramar á sus columnas, Van-der se dirijió por otros puntos á la posicion de Arteaga, estableciendo á su alrededor un fuerte cordon de franceses y de belgas, que con ojo certero disparaban sin cesar sobre el enemigo. Largas horas de combate sostuvieron las fuerzas de uno y otro bando, quedando tan reducido el número de los juaristas, que su esforzado jefe creyó necesario un acto de temerario arrojo para no ser presa, con todos los suyos, de las crecidas huestes del enemigo. Aprovechando el general Arteaga un lugar y un momento oportunos, dió la señal de ataque por uno de los flancos con el fin de abrirse paso y salir de aquella crítica y embarazosa situacion. Los juaristas, obedeciendo las órdenes de su general, cayeron con la rapidez del rayo por el lugar que su jefe les habia indicado, y trabando una lucha cuerpo á cuerpo con los franceses que lo defendian, lograron al fin romper la especie de cuadro en que se veían encerrados, y descubrir nuevos campos en que batirse en retirada. El enemigo, que se apercibe de la huida de los juaristas, cae sobre ellos con gran presteza, y les causa una horrible mortandad. Arteaga y los suyos se revuelven contra los franceses; estos volviendo á cercarlos, porque á ello se prestaba perfectamente su número, encierran otra vez al enemigo, estrechan el cerco, apelan al arma blanca, y la lucha se hace más sangrienta y terrible. Arteaga, que con un valor heróico se habia batido desde los primeros instantes, convencido de que la resistencia era de todo punto imposible, da la señal de retirada, y con él pudieron escapar de la encarnizada lucha unos 1.000 de sus soldados, dejando en poder del ejército imperial unos 300 fuera de combate, 200 prisioneros y hasta 600 fusiles.

De este modo quedó vengada y con creces, la derrota que pocos dias antes habian sufrido los belgas en Tacamburo, y consiguieron las fuerzas de Maximiliano apaciguar por algunos dias el espíritu belicoso en el Estado de Michoacan.

II.

En Portezuela, provincia de San Luis, alcanzaron igualmente por este tiempo una regular victoria las armas francesas, sorprendiendo el coronel Lafaille una partida de 400 juaristas, los cuales, despues de haberse defendido en cuanto les permitió su escaso número y la desventajosa posicion que ocupaban, tuvieron que abandonar el campo con algunas pérdidas de caballos y de armas.

En el Estado de Puebla, por el contrario, los juaristas alcanzaban á la sazon una brillante victoria. Las guerrillas de Martinez y Escamilla, que ya en varios encuentros con el enemigo habian dado á conocer su valor y arrojo, se propusieron apoderarse de Huejutla, ocupada por una numerosa guarnicion mejicana y austriaca. Sin que nada les importára á Martinez y Escamilla las grandes fuerzas que defendian esta poblacion, ni las fortificaciones con que contára, se arrojaron con estraordinarios brios sobre Huejutla, la cual quedó en breve en poder de los juaristas, huyendo cobardemente las fuerzas que la custodiaban, y dejando á los vencedores gran número de armas y municiones.

Incorporándose los fugitivos á los guardias rurales y á los destacamentos acantonados en las cercanías, volvieron por su honor á Huejutla, en donde las guerrillas eran objeto de los vivas y aclamaciones de todos sus habitantes.

No bien se hubieron acercado á la poblacion las huestes imperiales, cuando los jefes anteriormente citados, puestos al frente de sus guerrillas y seguidos hasta de las mujeres y de los ancianos de Huejutla, cayeron con frenético entusiasmo sobre el enemigo, destrozándole por completo y obligando á huir despavoridos á los pocos que no fueron muertos ó hechos prisioneros. Estas dos victorias alcanzadas consecutivamente por los defensores de la independencia, reanimó de tal manera el espíritu liberal de los mejicanos, que el Estado de Puebla pareció levantarse en masa para combatir hasta la muerte contra los ejércitos invasores. El gobierno de Maximiliano que se prometia en el Estado de Puebla una completa é inalterable tranquilidad, no por el afecto que sus habitantes tuviesen á la monarquía, sino por la impotencia á que se veían reducidos desde la célebre toma de la capital por el general Forey, quedó sorprendido ante la actitud amenazadora que tomaban los habitantes de aquella comarca, y se propuso abatir sin tregua ni descanso la nueva tendencia revolucionaria que con caractéres tan alarmantes se habia iniciado en Huejutla.

Diéronse al efecto las oportunas órdenes